

III.3. LOGRAR UNA BUENA CONVIVENCIA

La convivencia es la “vivencia” que “compartimos”. Las vivencias que compartimos con otras personas nos llevan a relacionarnos con ellas. Esta relación, cuando es buena, puede convertirse en una relación de amistad.

Al hablar de la amistad hay que remontarse necesariamente a la experiencia personal. Difícilmente llegaremos a comprender su significado leyendo libros o escuchando canciones, solo aquel que ha tenido la experiencia de tener amigos es capaz de entender su importancia, su belleza y su inestimable valor.

Los seres humanos tenemos una dimensión social indiscutible desde los inicios de su vida en este planeta. Todos nacemos insertados ya en una comunidad que es la familia, que pudiéramos definirla como “amigos predeterminados” (no elegidos) con quienes compartimos un lazo de consanguinidad.

Pero existe otro tipo de amigos escogidos por nuestra voluntad, a quienes decidimos amar y con quienes nos une un lazo emocional y espiritual, a veces, más fuerte que el de la sangre: “El hombre que tiene amigos ha de mostrarse amigo; y amigo hay más unido que un hermano” (Prov 18.24).

Los amigos son esa ayuda adecuada que Dios nos pone en el camino para arrancarnos esa soledad que todos llevamos dentro. Son esos faros que iluminan nuestra noche y que nos impulsan a esperar pacientemente la luz del día.

I. LA AMISTAD COMO BASE DE LA CONVIVENCIA

Hoy día todo el mundo habla de la amistad, pero pocos saben ser amigos. Muchos comenzamos a construirla y hacemos un hermoso e imponente edificio, pero su base es de arena, “y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina” (Mat 7.27).

Un error común en el que incurrimos, es pensar que todos los que conocemos están llamados a ser nuestros amigos íntimos, y nos esforzamos tratando de lograrlo, de lo cual sólo obtenemos frustración y cansancio. Es por eso que es prudente diferenciar diferentes categorías de amigos:

(1) Amigos ocasionales: Son aquellos “amigos” que nos encontramos en el transcurso de nuestra vida, que pasan como un soplo fresco, pero que duran poco. Son aquellos conocidos que comparten un momento determinado y circunstancial, ya sea por cuestiones de trabajo, universidad, diversiones, ministerio, etc., que llegando a significar mucho, pronto se apaga la efusión y se desvanece la relación.

(2) Amigos a toda prueba: Son aquellos amigos que han traspasado la barrera del tiempo, de las pruebas, del cansancio y del aburrimiento. Son los que han perdurado a través de los años. Los que han demostrado firmeza y fidelidad “en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de nuestra vida”. Son aquellos de los que uno se atreve a decir: “Estaremos juntos hasta que la muerte nos separe” y con los cuales se siente una alianza implícita de amor por siempre.

La primera premisa que debemos tomar en cuenta para establecer una amistad es que los amigos se ganan. Y alguno se preguntará, ¿es que acaso la amistad es un premio que hay que ganar y no un regalo que se da? ¿Es acaso un trofeo por el que hay que luchar o una mercancía que hay que comprar? Jesús, en una ocasión, nos relató la historia de un hombre que encontró un tesoro escondido en un campo, al descubrir lo mucho que valía, fue y vendió todo lo que tenía para comprar aquel campo y obtener el tesoro.

“Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo” (Mat 13.44).

¿Había acaso dinero suficiente en el mundo que pudiera comprar aquel tesoro? ¿Es que acaso Dios y su salvación tienen un precio que los humanos podamos pagar? Solo Jesús pudo.

Lo que nos quiere decir la parábola es que ese tesoro está a disposición de todo el que lo quiera, pero que hay que estar dispuesto a renunciar antes para alargar la mano y alcanzarlo.

Asimismo, un amigo fiel no tiene precio, que no hay manera de estimar su valor y que el que lo encuentra ha hallado un tesoro. Pero para llegar a poseerlo hay que encontrarlo, valorarlo, trabajar por él, sacrificarse por él, arriesgar por él, renunciar por él, morir por él...

II. BASES PARA LA AMISTAD

1) Trabajar en la amistad: Si bien es cierto, que la amistad en su etapa inicial, surge de un impulso espontáneo o empatía, para mantenerla hay que invertir en ella. Hay que dar, o mejor aún, darse al amigo. Hay que poner amor, para sacar amor. Y este amor ha de estar acompañado de sentimientos, palabras y hechos concretos.

2) Valorar la amistad: Amigos verdaderos no surgen todos los días, por tanto hay que conservarlos y valorarlos. A veces descuidamos o cambiamos una antigua amistad por una reciente que nos aporta más novedad. A veces lo traicionamos siguiendo nuestros propios intereses. “No dejes a tu amigo, ni al amigo de tu padre; ni vayas a la casa de tu hermano en el día de tu aflicción. Mejor es el vecino cerca que el hermano lejos”(Prov 27.10).

3) Ser precavido: “Muchos buscan el favor del generoso, y cada uno es amigo del hombre que da” (Prov 19.6). No seamos prestos a acuñar amigos que no conocemos bien. Seamos prudentes para no acarreamos desgracia y desilusión.

4) Confiar: “Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer”(Juan 15.15). La amistad no puede ser formal, hay que tener apertura al amigo. Confiarle nuestro interior, nuestros pensamientos, sentimientos, lo que soy, lo que tengo y lo que hago.

5) Confidencialidad: Un amigo es un refugio seguro, en donde te atreves a descargar tu alma, sabiendo que podrá guardar los secretos de tu corazón. Es un puerto adonde no temes llegar. Lo contrario termina disolviendo la amistad. “El que cubre la falta busca amistad; mas el que la divulga, aparta al amigo”(Prov 17.9).

6) Constancia: “En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia” (Prov 17.17). Ser fiel ante la prueba, la aflicción, la incompreensión y el desaliento.

7) Humildad: “Sólo los verdaderos amigos nos dicen que tenemos la cara sucia” (Proverbio siciliano). Saber aceptar nuestros errores y pedir perdón. Aceptar la reprimenda amorosa del amigo. “Hierro con hierro se aguza; y así el hombre aguza el rostro de su amigo” (Prov 27.17).

8) Dialogar: No puede haber amistad sin diálogo. El saber dialogar supone también saber escuchar. Aprender a tener siempre presente sus valores y necesidades y desde lejos cuidarlo y respetarlo.

9) Aceptar: “Al amigo no lo busques perfecto. Búscalo amigo” (Dicho español). Aceptar al otro con sus imperfecciones y debilidades. No querer amoldarlo a mi forma de ser.

10) Encaminar bien la amistad: Hay amistades que ponen en peligro nuestra integridad, seguridad y emotividad, nuestra fe, ministerio y hasta nuestra propia vida. Una verdadera amistad trae ganancias y no pérdidas, nos ayuda a crecer y a madurar. “Tal es el hombre que engaña a su amigo, y dice: Ciertamente lo hice por broma” (Prov 26.19).

11) Estar dispuesto a morir: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15.13). Estar dispuesto a morir, no solamente físicamente, sino también, morir a uno mismo, a nuestro egoísmo y afán de autosuficiencia. Morir al orgullo y mostrarnos necesitados del otro.

III. ETAPAS DE LA AMISTAD

Toda amistad pasa por diferentes etapas, de las cuales obtenemos una gran riqueza y experiencia:

1) El encuentro: es esa primera etapa, en la que encontramos al amigo y empezamos a saborear su compañía. Nos vemos ocasionalmente, nos hablamos por teléfono, salimos de vez en cuando, etc.

2) El crecimiento: es la etapa de descubrir al otro. Es la etapa del conocimiento mutuo, de descubrir las semejanzas y las diferencias. De abrirnos al otro. De contar nuestras historias personales. De saber adonde vive el otro, de conocer a su familia, de estar juntos aunque sea para charlar pausadamente, sin el alboroto de un lugar público.

3) La madurez: es el tiempo de compartir, no solo las alegrías, sino también las penas. De estar unidos aunque la vida duela. De vivir los desencuentros, las desilusiones y el hastío. De quitarnos las caretas frente al otro y de mostrarnos tal y como somos. De sabernos débiles, sucios, enojados, pecadores, cansados y necesitados. De vernos con ropa ligera y acabados de levantar. De estar siempre atentos al llamado del otro no importa la hora. De saber decir que sí y otras, no. Esta es la etapa donde se prueba la amistad “como el oro en el fuego”.

4) El desencuentro: es la etapa de la lejanía y del distanciamiento. Es la etapa en la cual le doy espacio al otro para que pueda pensar. Es la etapa en la que entiendo su silencio y acepto su distancia. En la que no forzo lo que no se me puede dar. En donde a veces surgen los desacuerdos y las discusiones. Es cuando a veces se dicen cosas dolorosas y se causan heridas. Es el momento de respetar, comprender y callar. Es el tiempo de las lágrimas y la soledad.

5) La reconciliación: Es la etapa del perdón y el retorno. Es cuando retomamos la amistad donde la dejamos, pero esta vez más fortalecida por las nuevas experiencias y conocimientos que adquirimos del otro. Es cuando volvemos a las palabras, los encuentros y hasta las actividades de antaño. Es cuando aprendemos de nuestros errores y aceptamos que la amistad pasa por tempestades. Es el tiempo de la alegría de la compañía.

Ahora, ¿cómo relacionamos esto de la amistad con el ministerio de la música y el canto en la Iglesia? Al ingresar en la familia de Dios, empezamos a tener mucho en común con otras personas; si cultivamos esta relación, profundizándola, podremos alcanzar un tipo de amistad que trasciende lo humano para dar paso a lo divino.

Es una amistad que nace de pertenecer a un mismo cuerpo, de compartir una misma fe, un mismo bautismo, una misma vida en el Espíritu, una misma esperanza, una misma Iglesia y un mismo Padre (Ef 4.4-6). Es la amistad en la que damos cabida a un tercero que nos une en su amor, en la que no sólo nos miramos uno al otro, sino que miramos juntos hacia una misma dirección: El Reino de Dios.

Al igual que un matrimonio, que acude al altar a poner su amor en manos de Dios y a pedir su gracia -aunque con otro sentido y dimensión- así también, una amistad puesta en las manos de Dios adquiere una profundidad más plena y una mayor riqueza.

Lograr una buena convivencia dentro del grupo (equipo) de alabanza nos llevará a lograr una presencia de Dios más palpable entre nosotros, lo cual llevará también un ministerio más fructífero. Recordemos que "si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mat 18.19-20). Para lograrlo tendremos que salir de nuestro caparazón, vencer el miedo a la entrega y abrirnos al amor de la amistad.